

Texto difusión Exposición:

ORILLAS Y LINDES / gouaches y relieves

Galería WEBER – LUTGEN / Sevilla, 10 marzo 2022.

A raíz de un viaje nocturno por el río Guadalquivir hasta su desembocadura a comienzos de los años noventa, Juan Lacomba inició una serie de incursiones tanto en el territorio de Doñana como en las extensas marismas aledañas. Lo que hasta entonces para él era un paisaje más presentido que cercano, a partir de ese momento va a marcar el eje de su producción pictórica. De manera intuitiva lo misterioso y hasta la experiencia del numen cobraba así un nuevo valor artístico, hasta el punto de centrar prácticamente toda su producción en sus motivos y paisajes.

Doñana venía a ser un nuevo espacio para la reflexión, distinto al que nos tenía hasta ese momento acostumbrados. Lacomba inauguraba con ello una nueva actividad creativa que le llevó a una serie de exploraciones y sondeos encaminados al descubrimiento e identificación de las fuerzas que actúan y confluyen en ese vasto espacio natural. De hecho, lo que ampliamente llamamos Marisma es un espacio abierto y luminoso, descarnado, casi impracticable, a la vez húmedo, estacional, pero también fértil y sombrío. Pese a una primera apariencia de calma, proyectada en horizontes amplios, se comprueba poco después que allí nada está quieto. Un espacio natural verdaderamente difícil de entender en una primera instancia.

Pero Doñana y su territorio propician sin duda relaciones intensas y complejas con cualquier observador que se interne con una mirada no epidérmica. Para Lacomba ha sido durante todos estos años un escenario envolvente, de implicación, donde ha hallado todo tipo de sensaciones. Pero también de revelaciones y encuentros que han tenido sus implicaciones en el artista, con el desarrollo de un amplio abanico de motivaciones pictóricas que ha sabido constatar, valorar, ordenar y reconstruir mediante su actividad de pintor entregado a esa experiencia. En realidad, el trabajo de Lacomba responde a todo un proceso de inmersión, empático, con ese medio natural, amplificado con la sorpresa y la emoción hacia hechos y lugares como verdaderos estímulos de la conciencia artística. A ello habría que incorporar la larga trayectoria y conocimiento de los lenguajes artísticos, en particular los retos de la pintura como lenguaje de la modernidad, que ahora cristalizan en Lacomba en nuevas composiciones, contenidos conceptuales y singulares gamas cromáticas. Como pintor habría que entender esa actividad dentro de una continuidad, que en el caso de Lacomba siempre ha estado volcada hacia el paisaje, la memoria y sus efectos. Un paisaje que en el caso de Doñana y su entorno, necesariamente ha de ser un paisaje interiorizado; como decían los anacoretas orientales a los que se remonta el nacimiento del paisaje como disciplina artística: “lejos del polvo urbano”.

Esa conexión con el territorio entrañaba un especial estado de ánimo, en gran parte magnetizado por el lugar y que supuso para el artista un tipo de inmersión creativa; hasta el punto de decidir cambiar de asentamiento: llegando a trasladar su estudio a las inmediaciones de la Marisma en el término de Puebla del Río, dentro de lo que hoy es parque natural. En la sociología artística de comienzo de los noventa se interpretó como un quiebro en su trayectoria, que en gran parte conllevaba un tipo de desconexión de intereses y un personal *emboscamiento*. Esta idea de estar

emboscado, a la vez que, de entrada, suponía el ser consciente de la imposibilidad de estar separado de lo, digamos social o colectivo, de tomar perspectiva o de situarse en un punto de visión distante, revela una voluntad o deseo irrefrenable de “ser mirada”. Una mirada casi anónima, encubierta en/por la maleza. Ubicada entre las juncias y carrizos, en lagunas, a la sombra de dunas, esteros, corrales, pinedas y dehesas. Una mirada casi furtiva también, pero a la vez afectiva e incluso en bastantes ocasiones sensual, va a persistir en sus obras como una consciencia discreta, pero curiosa hacia los hechos. Lo cual trasluce un tipo de presencia que no quiere interrumpir el transcurrir de las liturgias de la misma naturaleza envuelta por todos sus misterios. En sus pinturas se mostrarán alientos y atmósferas, y latidos, visiones y ondas se harán presentes.

Sin duda el conocimiento del vasto espacio de la Marisma, a la vez que se mostraba impreciso, requería un tiempo lento e interiorizado para su desciframiento emotivo. Todo un reto que invitaba a paseos a pie por una extensión casi impracticable la mayor parte del año. Encontrar sus verdaderas *Orillas y lindes* (título con el que se da contenido ahora a una serie de guaches y relieves, productos de algunos años de trabajo de campo). Y, en definitiva, vivir sus ciclos. Sentir el efecto del abrazo lento de Doñana. Pero esa conexión en el caso de las marismas se hacía muy volátil, difícil de entender y de explicar, razones que reclamaban inequívocamente una conexión permanente: un tipo de especial de conexión, duradera y continuada con las sensaciones del lugar.

Ese vínculo se producirá de manera intensa y profunda, tal como hemos podido confirmar en la obra mostrada en parte en sus muestras de los últimos años: *Al Raso* (2017), *Los Apóstoles* (2018), *Silva Amica* (2019), *Aquí a lo lejos* (2020). Títulos significativos en los que el artista se ha manifestado de manera casi inseparable de esa naturaleza encontrada y vivida en la marisma y sus misterios. Obras que transcriben todo tipo de ambientes y situaciones, en buena parte consecuencias de un deambular por un territorio mágico.

En esta nueva entrega, que ahora el pintor denomina *Orillas y lindes* se designa una línea real o imaginaria, encontrada en ese territorio al que el artista voluntaria y afectivamente se halla circunscrito. Orillas y lindes que se suponen los restos de una naturaleza residual, zonas secundarias sin propiedad, y verdaderos linderos que a nadie pertenecen, salvo a los agentes naturales que en ellos actúan. Cobijos de micro fauna y alimañas, de reptiles y anfibios huidizos. Orillas de lagunas y amplios cauces, donde se sedimentan lodos y se abren limos que colmatan esteros. Acciones traducidas a lo humano a través de la pintura. Planos de reflejos irreales que nos trasladan en ensoñaciones de meditaciones fértiles. Territorios de la sombra, de álamos en las riberas y de juncias y solitarias carrascas; de almajos, de palmitos y cardos. Seres discretos y a la vez de presencia casi espectral. En las orillas, las arboledas crecen en altura, y las lindes se fugan en una geometría horizontal: entremezcladas con su propia memoria visual se disponen respecto al horizonte, mientras escenifican las puestas de multitud de aves. Sabiamente transcrito todo mediante las posibilidades de la pintura y la meditación de la forma, por la densidad del gesto certero y la energía del color.